

GERMANIA

REVISTA DE CONFRATERNIDAD HISPANO-ALEMANA

DIRECTOR: LUIS ALMERICH

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: LAURIA, 55 — BARCELONA

España y Alemania

POR LUIS ALMERICH, PUBLICISTA

HACE unos días, la casualidad me deparó un encuentro un poco extravagante: me encontré con Lerroux. Mir y Miró hizo la presentación, añadiéndole en concepto de apostilla:

— ¡Es un germanófilo entusiasta! ¡Creo que no vais a reñir por eso!

— ¡Ah, no! Yo soy francófilo y anglófilo *enragé* — confesó prestamente Lerroux, rematando la confesión con una sonrisa y una pausa —, pero no tengo odio a los alemanes..... Tengo muy buenos amigos alemanes..... Ahora, en cuanto al Kaiser y a sus soldados, eso ya es otro cantar.....

Y yo me quedé algo asombrado. ¿Qué mal le habrán hecho ese Kaiser y esos soldados, que son alemanes — sin mezcla de Legiones extranjeras —, para quienes afirma Lerroux no tener odio? Recordé rápidamente el viejo celo patriótico que fué guión de combate para el caudillo republicano; el entusiasmo militarista que en otros tiempos hizo surgir de los puntos de su pluma aquel famoso artículo «El alma en los labios», artículo-cumbre de donde parte el descenso de su poderío político; recordé las frases de latiguillo del tribuno popular que fustigaba la autocracia rusa; recordé todas estas claudicaciones y pensé que en el color del cabello de los hombres está escrito el porqué de infinitos avatares: el Lerroux patriota ardoroso, militarista exaltado, flagelador infatigable del autocratismo ruso, tenía el cabello negro; el Lerroux de hoy, tiene el cabello gris, es un cuerpo que declina como si todo su vigor cediera a compás de la ruina de su gloria.

Pero, ¿qué males amaga el nombre de Alemania, señores que la odiáis, para que así la odiéis? ¿En qué fuentes de patriotismo apagáis vuestra sed, los que os postráis a los pies de nuestras seculares enemigas? ¡Siquiera dijerais como Maura «que para ganar el derecho de elegir, hay que cuidar primero de integrar la plena personalidad»!

No será la balanza de la Historia la que mejore el peso de vuestros argumentos, si en ella intentáis contrastarlos. La influencia de Francia y la influencia de Inglaterra nos han sido funestas; es más: España lleva ya siglos sirviendo de pelota en el trinquete de la política franco-inglesa. Cuando no nos ha utilizado Francia contra Inglaterra — Trafalgar —, Inglaterra nos ha utilizado contra Francia — guerra de la Independencia —; y todo por esa falta de «plena personalidad».

Hace pocos días, en Granada, Melquíades Alvarez, ese hombre estupendo que ha descubierto la manera de policromar las tonterías con los prodigiosos matices de su palabra, nos daba una prueba positiva de la ligereza política del famoso orador. Melquíades Alvarez, reconociendo en nosotros, los germanófilos, una fuerza real, nos dedicó casi por entero su discurso, un poco vulgar, como suelen ser siempre las ideas en las lucubraciones del ilustre catedrático. Y puesto en vena de definidor y apóstol, «echó a volar la fantasía», según dijo el propio cosechero, y producto del «vuelo», son los siguientes razonamientos, de los que siquiera quitamos tilde alguna, para que no se nos tache de parciales:

«Supongamos, correligionarios, que estamos al comienzo de las hostilidades, que tenemos concertada una alianza con los Imperios germanos y que gozamos, a mayor abundamiento, de un Ejército con eficacia bastante para defender el territorio nacional, de nuestras costas, suficientemente artilladas, y de una escuadra proporcionada a nuestros recursos económicos y en condiciones de evitar el bombardeo de nuestros puertos. Me parece que soy optimista en mis concesiones. Pues aun así, yo os pregunto: ¿qué habría sido de España a estas horas? Sólo al pensarlo me estremezco. Porque yo no puedo olvidar nuestra posición geográfica en el mundo; yo no puedo olvidar, señores, la contextura de nuestro país, que es casi una isla; con un vecino al Norte tan poderoso como Francia, con un vecino al Occidente como Portugal, que para estos efectos es como si fuera una prolongación de Inglaterra; con dos mares, el Mediterráneo y el Atlántico, bañando todo nuestro inmenso litoral. Y al fijarme en esta situación, yo pienso que, aun en el supuesto de que nuestro territorio, por heroísmo de sus hijos, quedara indemne de enemigos, bastaría un sencillo bloqueo de la escuadra aliada para que quedáramos aislados del resto de Europa, y para que, al paralizarse por efecto de este bloqueo, el comercio de nuestro país, sobreviniera inevitablemente al poco tiempo la ruina y la muerte de la nación entera. ¿No veis con cuánta sencillez se pone de relieve en este ejemplo lo disparatado y absurdo de la alianza que algunos preconizan?»

El Sr. Alvarez es un admirable estratega de café. De un párrafo sonoro nos concede a los españoles un «Ejército con eficacia bastante para defender el territorio nacional», con lo que el Sr. Alvarez se sale ya del terreno de la fantasía y no hace más que reconocer una verdad. El soldado español, la primera materia, es excelente. Su sobriedad, su resistencia física, su disciplina, le hacen un magnífico elemento de combate. La oficialidad que le guía es estudiosa, se va ilustrando cada vez más y resiste con un estoicismo admirable las limitaciones que la rodean. Yo sé de muchos cultísimos oficiales que están al frente de grandes empresas comerciales, y esto es sintomático de una saludable renovación de nuestro espíritu militar. Lo que no tiene nuestro Ejército es lo que el Sr. Alvarez y sus compañeros los parlamentarios le han regateado siempre: dinero para material, es decir, no sólo para tenerlo, sino para producirlo en las debidas condiciones de independencia. Todo lo cual, no es obstáculo para que ellos, los culpables, se lo echen en cara al Ejército como una injuria.

Nos concede asimismo el Sr. Alvarez, en un nuevo arranque de generosidad oral, el suficiente artillado de nuestras costas, y también hay que decir algo de esto. El Sr. Alvarez conoce seguramente Sierra-Carbonera, y sabe que merced a imposiciones inglesas, no fué artillada como debía serlo. ¿Es por esto que el Sr. Alvarez se siente anglófilo? Porque ya va picando en historia que se nos quiera obligar a la tutela británica invocando nuestra debilidad. Por dignidad, por amor propio, hemos de laborar contra esta tutela; y aun suponiendo — que es mucho suponer — no tuviésemos en absoluto otro recurso que rendirnos al poderío británico, sería una vergüenza que los hombres directores de la política española, no se revolvieran contra esa esclavitud espiritual. Yo no dudo de que el sistema colonizador inglés sea productivo y que, por ejemplo, en el Transvaal haya dado a los boers excelentes resultados — las recientes sublevaciones demuestran que esos resultados tienen mucho

de leyenda — la tutela inglesa; pero ¿es que no vale más que todo esto la «plena personalidad», que no nos encuentra Maura, pero que sentimos fieramente muchos hispanos en el fondo de nuestros corazones? Si España fué tan fuerte en tiempos, que impuso su hegemonía al mundo, ¿por qué hoy hemos de inclinarnos al yugo extranjero? ¿No sería más noble, más honrado, rehacer nuestra patria, reivindicarla, que andar doliéndonos como plañideras ante el pavoroso conflicto mundial? Yo comprendería estas lamentaciones del Sr. Alvarez, si el Sr. Alvarez fuese, verbigracia, mandadero de un convento de monjas, ya que es lógico suponer al monjil servidor un natural apacible y bondadoso. Pero el señor Alvarez ha sido hasta hace poco, tribuno republicano, hombre de revolución, flagelo siempre levantado, amenaza constante, y le sienta mal el papel de Jeremías.

Agrega el Sr. Alvarez a este Ejército *supuesto* y a este *supuesto* artillado de nuestras costas, una *supuesta* escuadra en «condiciones de evitar el bombardeo de nuestros puertos». Y después de esto, pregunta: «Pues, aun así, ¿qué habría sido de España a estas horas?».

Perdón, Sr. Alvarez. Su estrategia fracasa estrepitosamente por esta vez. Este «Ejército» que menciona usted, situado en los Pirineos, distraería algunos cuerpos de ejército franceses o aliados, y los alemanes podrían avanzar más fácilmente por Francia. En cuanto a nosotros, yo no creo que avanzaran mucho por nuestro territorio los franceses. Hoy no va con ellos Napoleón. Ni siquiera en espíritu.

En el mar, dejando de lado esta perogrullada del Sr. Alvarez, que pide «una escuadra capaz de evitar el bombardeo de nuestros puertos» — ¿acaso la poderosísima flota inglesa, pudo impedir el ataque a Scarborough y Hartlepool? —, nos encontramos en un caso parecido. Obligaríamos a las escuadras aliadas a distraer fuerzas, actualmente acumuladas en el mar del Norte, con lo cual se facilitaría la actuación de la escuadra alemana: y he aquí por dónde, con nuestra pequeñez, no haríamos un mal papel en la actual lucha.

Claro es que, a semejanza del Sr. Alvarez, no nos movemos del terreno de las hipótesis, aunque desde luego con menos fantasía que la del Sr. Alvarez, cuando supone el bloqueo de nuestras costas y con él la ruina de la «nación entera».

Después de todos estos razonamientos, agrega:

«Y pues la conveniencia, según hemos visto, nos obliga a marchar en la dirección de Francia e Inglaterra, procuremos nosotros colocar al lado de la conveniencia el efecto. Cuando menos, habremos ennoblecido el egoísmo. Pudimos dudar un momento, queridos correligionarios, mientras Inglaterra y Francia fueron rivales; pero cuando ambas naciones liquidaron sus antiguas querellas y llegó el momento en que una *entente cordiale* substituyó al espléndido aislamiento de que hablaba Salisbury, la duda para nosotros ya no fué lícita.

Así lo han reconocido la mayoría de los hombres públicos y de los partidos, desde Maura hasta Pablo Iglesias. Sólo quedan fuera de esta corriente los que no significan nada o significan muy poco en la vida política del país; los carlistas, que no han de gobernar jamás; algunos militares, no todos, alucinados por el espíritu de clase y por el deslumbramiento que les produce la organización admirable del Ejército alemán; el grupo híbrido de la Defensa Social católica, a quien el odio a Francia y el sectarismo religioso la impide ver con claridad en este punto la conveniencia de España. ¿Qué pesan en la opinión pública española estos elementos, comparados con los conservadores de todos los matices, con los liberales, con los demócratas, con los republicanos, con los socialistas y hasta con esa inmensa masa neutra que por instinto coloca el interés de España al lado de los aliados en esta contienda?»

El Sr. Alvarez, actuando de Juan Palomo, plantea los problemas a su capricho y a su capricho los resuelve. Porque Inglaterra y Francia se unieron — ya veremos lo que dura esta unión, aun cuando el pacto haya sido sellado con sangre —, juzga que España ha de unirse a ellas. El Sr. Alvarez confunde las conveniencias de Francia con las de España,

y en esto no es justo. Debemos ir a buscar la «plena personalidad», aludida por Maura; nunca ir a remolque de los que en tantas ocasiones nos han perjudicado.

Y dicho todo esto, vaya una observación oportunísima. Nosotros, los españoles germanófilos, no pedimos más que «la neutralidad» absoluta. Esta nos basta. Que España no apoye a Alemania, pero que tampoco apoye a los aliados. Que nuestro modesto Ejército, nuestra modesta artillería costera y nuestra modestísima escuadra, no se empleen contra nadie, porque en el pleito internacional nuestra misión es misión de paz. Más adelante, cuando ésta impere, será cosa de decidir. Y ya sopesaremos entonces las ventajas que unos y otros nos reporten.

La discordia entre las culturas

POR RUDOLF EUCKEN, PROFESOR DE FILOSOFÍA EN JENA

EN esta guerra mundial se observa una nota muy especial: en los dos campos hay hombres que creen batirse por la cultura única y verdadera; en los dos campos existen hombres que niegan esta cultura al enemigo. Si esto hacen, respecto a nosotros (los alemanes) intelectuales rusos, no tenemos más que una risa para esta comedia involuntaria; igualmente si desde los pueblos del oeste nos dirigen acusaciones y ataques en nombre de la cultura, es evidente que participan mucho en esto las frases y pasiones agitadas. Pero, lo que da que pensar es que secundan estos ataques hombres que hasta hoy día nos parecían moverse en las esferas más altas de la vida intelectual. Concedido que no hacen más que cometer errores, el hecho es que nos demuestran su desprecio; ¿cómo podemos comprender esta conducta?

Para esto no tenemos otra explicación que la de que existe en los diferentes pueblos diversa opinión sobre cultura, y al mismo tiempo diferente medida para las ambiciones humanas; es esto una parte de la eminente aclaración que debemos a la presente guerra.

La cultura de los pueblos del oeste, que se formó bajo la preponderante influencia de Francia y la formación de la vida intelectual, son en su fondo una cultura meramente formal. El objeto principal de ella es dar a la vida humana ciertas formas, elevarla con éstas sobre el estado primitivo de la naturaleza y conducirla a una refinación en todas sus acciones. Primeramente aparece ésta en el establecimiento de costumbres agradables en el trato social, de cierta gracia de la vida, pero también alcanza en sus efectos más allá, hasta el trabajo espiritual; así, por ejemplo, parecen resueltos ciertos problemas políticos, estableciendo y cumpliendo estrictamente un parlamentarismo lo más soberano posible; alcanza también hasta el terreno de la religión misma y da aquí a ciertas costumbres y reglas una preponderancia que extraña a nosotros los alemanes. En el hecho de que toda la vida de aquellas naciones está dominada por esta cultura formal, no cambia nada la indiscutible ambición de unas cuantas personalidades de ampliarla y de espiritualizarla.

Cierto es que tal cultura formal tiene sus razones; no se puede negar la importancia de la refinación y del espíritu del orden que efectúa; además, tiene la ventaja de ser fácilmente comprensible por la mayor parte de la población; reúne firmemente a los individuos, forma cierta universalidad de los sentimientos y ambiciones, y una atmósfera espiritual muy particular. Si nosotros, los alemanes, a veces despreciamos esta cultura de buenos modales y de buenas maneras, incurrimos seguramente en un error, lo mismo que si creemos ver en este desprecio de las buenas maneras la prueba de una ilustración más profunda o de un genio cordial; también se puede comprender que los extranjeros se creen superiores

a nosotros, midiendo con su medida y llamándonos atrasados por nuestras maneras menos finas. Pero esto pueden hacerlo solamente, desconociendo en absoluto nuestra verdadera fuerza y conformándose en sus ambiciones vitales con un grado que a nosotros no nos satisface.

Porque nosotros estamos convencidos de que aquella cultura formal, con toda su gracia, no puede llenar las ambiciones humanas, no puede representar todo el sentido de la vida; nuestra individualidad nos obliga a ampliar este sentido y procurar que nuestra vida tenga un fondo. Pero éste nos pone ante un problema difícilísimo. Porque no basta aislar la propia persona y desarrollar la vida subjetivamente; hay que llevar en relación recíproca nuestra imaginación, nuestros ideales y el mundo real; hay que vencer los contrastes que existen entre ellos y hay que dar a la realidad la vida propia. Es esto una transfiguración del estado primitivo, la traducción de la vida real en un mundo existe en la ambición del individuo. El genio alemán no se encierra tímido ante el mundo, sino trata de apropiárselo a su manera de pensar; este trabajo intelectual representa un proceso de vida, al cual aparece muy subordinada e inferior una mera cultura formal. Aquella cultura espiritual es un constante movimiento, una lucha continua del hombre con todas las apariciones del Universo y su victoria intelectual sobre él. En esta lucha recibe vida la rigidez y el eterno secreto abre sus puertas cerradas, a miradas superficiales. Cada terreno en la vida humana se convierte en una propiedad del genio intelectual que no conoce límites para su ambición. Basta acordarse de hombres como Luther, Kant, Goethe y Beethoven para tener una idea clara de cómo el espíritu alemán ha ampliado el contenido de la vida y no se contenta con tomar el hombre como algo concluido y enseñarle a moverse en un mundo dado, sino cómo hace algo de nuevo de él, cómo le abre un mundo nuevo en cada individuo nuevo.

Todo este movimiento en la vida alemana, su fuerza y su grandeza, fué como un libro sellado para los que representan la mera cultura formal. No entienden el móvil y así no advierten más que ciertas expresiones y síntomas que, vistos así, cada cual en su singularidad, están expuestos a completa desfiguración y pierden su sentido. El camino que conduce de este no entender al desprecio es muy corto.

Nosotros, los alemanes, no tenemos que preocuparnos por estos desconocimientos, porque estamos convencidos de que sin el avance hacia una cultura espiritual, como la que representamos, la vida intelectual de la humanidad debe perder su sentido elevado y terminar en frivolidades. Podemos sentirnos superiores a nuestros adversarios, sin falso orgullo, porque esta cultura espiritual bien puede reconocer una cultura formal y aprovechar de ella, mientras ésta suele limitarse a sí mismo y declinar como una pura imaginación cada anhelo de dar profundidad a nuestra vida. Para el bien de toda la humanidad deseamos que esta guerra procure asegurar a nuestra cultura, en la estimación de todos, el rango que le pertenece y preservar así la humanidad de la superficialidad que la amenaza. En este sentido, la guerra de hoy también es una guerra de las culturas, y evidente es que en la presente guerra se juegan grandes objetivos.



Maura, hispanófilo

POR DELFÍN FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

UNO de los puntos que más se ha comentado del discurso pronunciado en el Teatro Real por D. Antonio Maura, ha sido, sin duda, aquel en que aludió a la política exterior de España. Y es que, a parte la indiscutible actualidad e importancia del asunto, la prensa hostil al eminente estadista, dió desde un principio una interpretación intencionadamente errónea a las palabras del orador, y ha puesto después especial empeño en que tal error persista.

Francamente «aliados» casi todos esos periódicos, y los restantes de los mismos, interesados como ellos, por razones políticas, en sostener el equívoco, unos y otros perfectamente conocedores de que la inmensa mayoría de las gentes que militan en el partido maurista, o que con él simpatizan, forman parte de la gran opinión española germanófila, pensaron debilitarle atribuyendo al jefe, en cuestión que tanto apasiona, ideas en un todo opuestas a las de sus adeptos.

Reconozcamos lealmente lo ingenioso y hábil de este recurso político, sobre todo entre nosotros los españoles, a quienes tan cuesta arriba se nos hace cerciorarnos de las cosas sin intermediarios, y discurrir por cuenta propia. Hubiera bastado en este caso, a quienes no le escucharon, leer íntegro el famoso discurso, para convencerse de que la versión que de él se les ofrecía no interpretaba fielmente los pensamientos del orador, de que se falseaban sus conceptos al extraerlos, de que se iba, al comentarlos, mucho más allá de sus intenciones, allí donde por razones de prudencia y de patriotismo, no habían podido ser absolutamente claras y concretas sus palabras, a las cuales se atribuían significados y alcances que sólo a quien las pronunció era dado precisar. Pero ese estudio exigía demasiada atención y excesivo trabajo para la generalidad de nuestros compatriotas, que halla siempre y halló ahora mucho más cómoda la aceptación sin reservas de las opiniones que le daba formadas el periódico de su predilección, guía de su perezosa inteligencia.

Alcanzara el engaño nada más hasta aquí, a enfriar en su fe maurista a unos cuantos espíritus superficiales y candorosos, y no sería yo quien, aun viéndolo con dolor, acudiera a las columnas de GERMANIA a ponerle de manifiesto; que no es esta revista lugar adecuado para ello. Pero lo que empezó por pequeño éxito de un ardid caciquil o de una habilidad de política menuda, ha ido trocándose en verdadero estado de opinión, y esta extensión del error hace preciso el intento, por lo menos, de desvanecerle.

Dígase cuanto se quiera de él por sus adversarios y detractores, hágase cuanto se haga por impedirle actuar en nuestra política, Maura es en ella una gran autoridad, la más grande autoridad, y a su amparo, logrado subrepticamente, quiere hacerse pasar por bueno y por patriótico lo que de lo uno y lo otro no tiene ni las apariencias.

Toda nuestra prensa francófila o anglófila y todas las «lumberas» de nuestra política que, simpatizando con esas tendencias, sólo habían insinuado vergonzantemente las ventajas de ellas, creyéronse o dijéronse apoyadas en la opinión de Maura y, arrojando el velo con que la cobardía ocultara sus inclinaciones, se lanzaron a predicar la buena nueva.

«Maura está con nosotros; se ha declarado responsable de los acuerdos de Cartagena entre España, Inglaterra y Francia y ha proclamado que no pueden ser hoy otros distintos de éstos los que nuestra nación celebre. El porvenir de España está en su alianza con Francia e Inglaterra. Sólo de su unión estrecha, sincera, íntima con estos dos grandes

pueblos, puede venir al nuestro el resurgimiento, la grandeza, el poderío. ¡Vivan los aliados'.....*

¿V qué fué, en realidad, lo que dijo D. Antonio Maura? Veámoslo.

* * *

En dos apartados dividió el Sr. Maura la parte de su conferencia consagrada a tratar de la política exterior de España. En el primero afirmó rotundamente que nuestra nación no tenía que participar en la guerra actual, como no fuese agredida, puesto que ningún compromiso que a ello la obligara había contraído, ni tenía siquiera título para terciar en la contienda.

Esto fué, en resumen, cuanto acerca de la actitud de España ante el conflicto, dijo el Sr. Maura en el primero de los dos apartados dedicados al asunto, y no creemos que a favor de ello pueda ver nadie, por mucho que quiera adentrarse en el pensamiento del orador, el más tenue vislumbre de sus inclinaciones o simpatías por unos u otros beligerantes.

Casi por entero dedicó el segundo apartado a encarecer la necesidad de que Tánger sea de España, pero sin indicar ni remotísimamente los medios que hayan de emplearse para realizar tal aspiración. Otros menos reflexivos y prudentes han hablado después de esos medios; él sólo añadió que a los Gobiernos tocaba decidir las ocasiones y los modos.

Y he aquí lo que, finalmente, dijo respecto al punto concreto de las relaciones exteriores de España. Aun a trueque de hacer excesivamente extenso este artículo, queremos insertarlo íntegramente, para que el lector pueda medir por sí mismo todo su alcance.

«En el año 1907 tuve el honor y me cupo la responsabilidad, que reivindico entera, de suscribir los acuerdos de Cartagena. Alrededor de aquellos acuerdos con Francia y con Inglaterra, yo no escuché protestas considerables; ya sé que en España es muy difícil la unanimidad en cosa alguna; la mayor cantidad de unanimidad que cabe en España creo que había en esa política. ¿Por qué? Porque los acuerdos de Cartagena no fueron una invención, no fueron una teoría, no necesitaban ser algo ideado; eran el reflejo de una realidad, de un conjunto de realidades incoercibles, imperativas, evidentes.»

«España, en el Occidente del Mediterráneo y en la costa atlántica, tiene su situación, que esos acuerdos definen, de comunidad de intereses con Inglaterra y con Francia, y la recíproca promesa de mantener y trabajar en pro de esa comunidad y de ese «statu quo» no era una política que se hubiese ocurrido a aquel ni a ningún otro Gobierno.»

«Respetando todas las opiniones, ya comprendo yo que haya quien crea que a España le puede convenir otro género de conexiones; pero yo, a esos, les recomiendo una cosa, y es que adviertan que para ganar el derecho de elegir hay que cuidar primero de integrar la plena personalidad y de vigorizar intencionadamente el albedrío para que funcione y cuando se tenga la libertad de obrar y la fuerza de resistir será el deliberar y el decidir. Porque mientras tanto, yo digo que en 1915 los intereses de España, en lo que se refiere al Mediterráneo y a las islas, y a las costas del Mediterráneo y de Atlántico que interesan a España, las cosas están como estaban, subsisten en la misma coordinación de intereses y en la misma dinámica de previsiones y riesgos, y que, por tanto, hoy habría que volver a suscribir los pactos de Cartagena.»

Hasta aquí lo dicho por el Sr. Maura. Y ahora yo invito al lector a que, analizándolo una y otra vez atentamente, serenamente, desapasionadamente, juzgue si de todo ello puede extraerse el más endeble fundamento para considerar a quien lo expuso inclinado del lado de los aliados en el conflicto actual.

Prescindamos de las repetidas alusiones hechas por el orador a la imposibilidad en que España se hallaba y se halla de elegir entre unas u otras orientaciones internacionales,

imposibilidad no extraña, seguramente, a la indefensión de nuestras dilatadas costas; prescindamos de que nuestra situación geográfica y la ausencia de todo interés común con los Imperios centrales de Europa, hacían y hacen absolutamente superfluos, para ambas partes, pactos como los concertados en Cartagena con Francia e Inglaterra; prescindamos de todo eso, de que no podía prescindir el orador, porque al prescindir hubiera dejado de ser un estadista y hasta un español patriota, y aun así nada hallaremos en los párrafos transcritos — ¡fijaos bien! — QUE TIENDA A ROMPER LA NEUTRALIDAD DE ESPAÑA EN LA PRESENTE GUERRA, NI MENOS A HIPOTECAR NUESTRAS ORIENTACIONES DEL PORVENIR.

¡Los acuerdos de Cartagena! ¿A qué nos obligan estos acuerdos? No, ciertamente a intervenir en la guerra actual en favor de Inglaterra y Francia, por cuanto desde el primer día de ella se ha dicho y repetido por quien debe saberlo, que ningún compromiso internacional se oponía a nuestra neutralidad, y la actitud de España en consonancia con esta afirmación se va desarrollando.

Cuando se concertaron aquellos pactos, la *entente* franco-inglesa no tenía el carácter que adquirió después de una alianza defensiva y ofensiva contra Alemania, sino, simplemente, el de una inteligencia entre aquellas dos naciones para el arreglo amistoso de las cuestiones que tenían pendientes. España pudo entrar y entró en esa inteligencia, con el mismo limitado objeto, y tal acuerdo no afectaba en modo alguno a nuestras buenas relaciones con los demás países, ni mucho menos entrañaba un compromiso de emplear nuestras fuerzas contra ninguno de ellos en ayuda de Francia e Inglaterra. Es decir, que los acuerdos de Cartagena eran perfectamente compatibles con nuestras buenas relaciones con Alemania, cualesquiera que fueran las de ésta con Inglaterra y Francia. No lo digo yo solamente: lo proclaman los hechos que se han sucedido, lo prueban la actitud presente de España, su neutralidad, sus amistosas relaciones, en medio de la conflagración europea, con todos los países en guerra.

Y si es así, y ya vemos que así es, ¿qué revela la inclinación de Maura hacia los aliados, qué hay en sus manifestaciones sobre política internacional que no sea, al par que una clarísima noción de la situación y de las conveniencias de su patria, una fiel observancia de la neutralidad a que todos estamos obligados, y una prudentísima reserva de las propias simpatías, de los propios patrióticos afanes y del íntimo sentir de su alma de español?

Cuestiones militares

El desarrollo de la artillería alemana en los últimos decenios

POR KARL BAHN, MAYOR-GENERAL RETIRADO

La guerra despertó en cada alemán un gran interés por las instituciones militares y, muy especialmente, por nuestra artillería. Como no es tan fácil para el inexperto el entender las distintas clases y armamentos de esta arma, y, por consiguiente, los relatos de los corresponsales no serán comprendidos siempre en todo su sentido, nos parece necesario tratar, aunque sea en una forma breve, del desarrollo del arma de artillería durante los últimos decenios, bajo la influencia de los progresos de la industria y del cambio que este desarrollo provocó en el arte de la guerra.

La campaña de 1870-71 había demostrado tan evidentemente la superioridad de los cañones rayados que se cargaban por la culata, sobre los que se cargaban por la boca, que

no había duda de que todos los estados militares tendrían que aceptar este sistema de artillería. También había que contar en una guerra futura con una artillería mucho más potente que la del enemigo. Para no perder la superioridad de la artillería, hubo que aumentar el efecto de los cañones alemanes de campaña. Esto era mucho más necesario, puesto que la campaña de 1870-71 había hecho conocer que en la guerra futura la cooperación de la artillería había de ser aun más decisiva. Todas las guerras posteriores, incluso la presente, han confirmado esta opinión. La artillería puede cumplir su misión, de preparar y de ayudar al ataque de la infantería, solamente si sus efectos son decisivos a más distancia que el fuego de la infantería.

En la guerra de 1870-71 tenían el Chassepot y el fusil bávaro «Werder» con mayor precisión el doble alcance que el fusil prusiano Qüindnadel, modelo 41 y 62.

A este aumento del poder del arma de infantería, había que oponer un cañón de campaña de mayor alcance y mayor precisión.

Este objeto se consigue aumentando la velocidad inicial del proyectil. Fué aumentado de 323 metros por segundo, como la tenía el cañón de 1870-71, a 465 metros por segundo. Con este aumento subió el alcance de las granadas de 3,800 a 8,000 metros. La mayor velocidad inicial produce una trayectoria más tendida y más precisión en la puntería contra blancos parados. El efecto del cañón depende del efecto que produce el proyectil en el blanco. Contra blancos móviles, el shrapnel es el proyectil más ventajoso. En la campaña de 1870-71 la artillería bávara y sajona usaban shrapnels, pero todas las demás baterías alemanas de artillería de campaña estaban equipadas solamente con granadas y cartuchos. Solamente al final de la guerra, algunas baterías prusianas fueron dotadas de shrapnels con cohetes encendedores, es decir, con cohetes que arden durante el trayecto y que están dispuestos de una forma que hacen estallar el shrapnel antes de llegar al blanco, en un punto predestinado de la trayectoria. Sólo al fin del año 1870, se logró construir una espiga, que soportaba un transporte. Por esta causa los shrapnels bávaros y sajones no tenían más que espigas, que harían efecto solamente al tocar el blanco; de modo que los shrapnels no eran más que otra especie de granadas, que no estallaban en el aire automáticamente. No se pudo hablar por esta causa del efecto de un verdadero shrapnel. El proyectil shrapnel fué establecido antes como prueba de construcción, pero a consecuencia de defectos en su confección era de poco efecto. Decenios de estudio y de ensayo permitieron aumentar el contenido del shrapnel de 180 a 300 balas, sin aumentar el peso del proyectil. Antes pesaba 7,33 kilogramos, y ahora pesa 6,85 kilogramos. También fué perfeccionada la espiga de tal modo, que el alcance del shrapnel aumentó de 2,200 a 5,000 metros. A pesar de este aumento del efecto del cañón, no fué necesario mayor trabajo de los caballos de tiro, así es que la movilidad del vehículo no disminuyó, punto muy importante para la artillería de campaña.

Por todos estos adelantos representa la artillería de campaña un arma eficacísima contra blancos móviles no protegidos o medio protegidos, y contra blancos fijos no muy resistentes. El efecto mortífero del cañón de campaña permite a la infantería atacar a defensas cada vez más fuertes y da al campo de batalla el hoy tan típico aspecto despejado. El empleo de pólvora sin humo, que hace más visibles los blancos y favorece la puntería, influye por su parte en este fenómeno.

Contra blancos fijos bien protegidos y blancos horizontales, no tienen efecto los cañones de campaña por su trayectoria tendida. La curva que hace el proyectil, es muy poco pronunciada para alcanzar la espalda de las defensas y su fuerza de peso es demasiado pequeña para obrar con éxito contra blancos horizontales protegidos. Para esto son menester trayectorias con curvas pronunciadas, como siempre era bien sabido. Ya había sido tenido en cuenta en las construcciones de cañones lisos. Hasta los proyectiles del cañón rayado efectuaban una curva, disminuyendo la carga; pero este medio no resultó,

porque perjudicaba la exactitud de la puntería. La considerable superioridad de la artillería de campaña alemana en la guerra de 1870 pudo hacer creer otra cosa; pero las experiencias de los rusos hechas frente a Plewna en la campaña de 1877-78 llamaron la atención respecto al fuego indirecto de los cañones de campaña, que hace posible desmoralizar una tropa en sus trincheras antes de que empiece el ataque de la infantería, mientras está obligada aquélla a la inmovilidad, y permite cooperar al ataque con el mayor tiempo posible. Considerando el fuego de tiro rápido de los fusiles y ametralladoras modernos, la acción mencionada de la artillería es de importancia decisiva. El fuego de cañones de campaña tiene que cesar si el atacante está a 300 metros de la posición atacada, para no poner en peligro la tropa que ataca, mientras que el fuego indirecto puede acompañar, según experiencia de los japoneses, al ataque hasta 50 metros de la línea enemiga, siendo muy difícil rechazar un enérgico ataque a tan corta distancia.

Estas experiencias y consideraciones indujeron a todos los Estados a la adquisición de cañones de tiro indirecto, y la guerra ruso-japonesa evidenció la importancia de estos cañones para la batalla en campo abierto. Las posiciones rusas en el Jalu fueron tomadas de una forma relativamente fácil en el primer ataque por la preparación consumada que realizaron los obuses japoneses de 12 centímetros. La posición fortificada de los rusos de Kintschau no fué tomada ni después de ocho asaltos seguidos, porque sin los obuses era imposible asaltarla bajo el fuego que la artillería e infantería enemiga hacían detrás de sus defensas. Esta guerra confirmaba también la opinión que ya reinaba en Alemania desde 1901, de que en las guerras futuras predominarían los combates por posiciones fortificadas y que se iban a formar extensas defensas de campaña sólidamente protegidas, que en el curso de los combates iban a ser ampliadas. La guerra actual afirmó esta opinión en una medida nunca sospechada. Para combatir tales fortificaciones de campaña con éxito, son condición precisa los cañones de mayor alcance y con proyectiles de más efecto, que los que puede llevar la artillería de campaña. Esta, para accionar independientemente de caminos y para moverse en cualquier terreno con la ligereza posible, está dotada de cañones de un peso limitado, como así también pone un límite a su efecto. Ahora es cosa de experiencia y opinión propia fijar el límite del peso. No debía exceder de 300 kilogramos por caballo. Inglaterra subió en su cañón de campaña modelo 03 hasta 327 kilogramos. El límite de peso para el vehículo y el cuidado de proveer un cañón de campaña de tiro rápido con la suficiente munición, limitan el calibre a 12 centímetros a lo sumo, porque proyectiles de 12 centímetros pesan 20 ó 22 kilogramos, contra 7 kilogramos de los proyectiles de simples cañones de campaña. El vehículo de los modernos obuses de campaña de 12 centímetros, tiene un peso de 360 kilogramos por caballo. De este peso no puede exceder el cañón de campaña. Si hay necesidad de aumentar la potencia del cañón, para combatir posiciones muy protegidas, entonces hay que desistir de las exigencias para un cañón de campaña y se aumenta el peso del cañón y del carro de munición hasta un límite que los vehículos aun pueden alcanzar la infantería en caminos regulares. Es de desear que los cañones de menor calibre puedan avanzar por cortas distancias al trote. Estos cañones forman la artillería pesada del ejército en campaña. Por su menor movilidad marchan al fin de la columna del ejército. Esto admite la táctica, porque no es de suponer que fortificaciones de alguna importancia se presenten de imprevisto, y por eso quedará siempre el tiempo suficiente para el avance de la artillería.

Alemania, la cuna de la artillería pesada, aun tenía otra razón para formar esta clase de artillería. En la guerra de 1870-71 había tomado proporciones muy grandes la guerra de sitio. Nada menos que quince fortalezas hubo que cercar, bombardear o realmente sitiar. Para esta tarea no era suficiente el parque de artillería de que se disponía. Los sitios eran muy pesados y entretenían por largo tiempo un gran número de tropas, con las cuales no pudo contar el generalísimo y entorpecieron las resoluciones del mando supremo. Después de

la guerra empezó Francia a proteger su frontera oriental con las potentísimas fortalezas de Belfort, Epinal, Foul, Verdun y con numerosos fuertes. Antes de avanzar por esta línea de defensas hay que tomarlas. Para este objeto son necesarios cañones muy pesados, de fuego indirecto, que arrojen proyectiles con carga de explosión muy fuerte, en curva bastante pronunciada, para aprovechar toda la fuerza del proyectil. Inmediatamente después del cerco, hay que proceder al asalto, por eso deben marchar estos cañones juntos con las tropas del ejército en campaña, de modo que deben pertenecer también a la artillería pesada de campaña. Estos fines muy diferentes del empleo de la artillería pesada en campaña, exigen diferentes calibres. La artillería pesada de campaña bien puede preparar el asalto, pero en muy pocos casos sostenerlo sola. Contra fortificaciones modernas necesitamos cañones de mayor alcance y potencia del proyectil. Estos necesitan para su movilización medios de transporte especiales, colocación especial y artilleros especialistas. Tales cañones pertenecen a la artillería de sitio, y es cosa de una dirección prevista, crear instituciones que permitan llevarlos y colocarlos sin demora ante la fortaleza sitiada. En Alemania se distingue:

I. Artillería de campaña:

- 1) el cañón de campaña 0/96 n/a (7,7 cm.)
- 2) el obús de campaña (10,5 cm.)

II. Artillería pesada de campaña:

- 1) el obús pesado (15 cm.)
- 2) el mortero de 21 cm.
- 3) el cañón de 10 cm.

III. Artillería de sitio:

a esta pertenecen además de los cañones mencionados en el párrafo II, el cañón pesado de 12 cm. y el de 15 cm. Una sorpresa presenta el mortero de 42 cm. y el mortero-motor de 30,5 cm. austriaco; además se habla de un obús de 28 cm.

Las Universidades Germánicas

POR EL DR. JOSÉ M.^a ROSELL

III

EN artículos publicados hace algunos años por la revista de Madrid *El Siglo Médico*, pudimos demostrar, con números, la superioridad de producción científica de Alemania sobre todas las demás naciones del mundo juntas. Pasando lista a los trabajos de investigación que la bibliografía internacional universal lleva registrados para el siglo XIX, encontramos en seguida, que sobre casi cada una de las materias de estudio de todos los ramos del saber, lo publicado en alemán sobrepasa a lo que aparece en todas las demás lenguas del mundo reunidas. Fué un polibibliógrafo inglés, quien dijo, que si se quemara un día todo lo que en el mundo está escrito, mientras quedara sólo lo que está escrito en alemán, apenas se perdería nada.

El conocido publicista francés Ferdinand Got, en su obra *L'Enseignement supérieur en France*, escribe:

«La hegemonía científica de Alemania en todos los terrenos, su superioridad universal, tienen que reconocerla hoy todos los pueblos. Es un hecho bien determinado que Alemania sola produce mucho más que todo el resto del mundo junto. Su superioridad en la ciencia, es el paradigma de la superioridad de Inglaterra en el comercio y en el mar.» Cajal (para

no abusar de más textos), en su obra sobre «Reglas y consejos de investigación biológica», dice: «en medicina (que es a lo que él se refiere), se escribe más en alemán que en todas las demás lenguas del mundo juntas.»

Se ve, pues, que en general se está unánime en reconocer al pueblo germano como el prototipo del adelanto, progreso y potencia cultural y científica (los juicios, algunos, que hay diferentes de lo que aquí decimos, salen emitidos por la ignorancia y la pasión que alimentan las circunstancias bélicas actuales y son juicios de valor tan fugaz, que con los escritos de oficio de los rotativos que los publican, no varían, naturalmente, en nada, sino es en hacer resaltar posteriormente más clara la verdad de los hechos reales); se reconoce, pues, unánimemente, decimos, la ya llamada superioridad germánica; pero nos llama a nosotros mucho la atención lo poco que se ha procurado estudiar y averiguar la causa, aunque sólo fuera porque de ello pudieran sacarse conclusiones de aplicación y utilidad deductiva, de esta superioridad que, queramos o no queramos, amigos y adversarios tenemos que admirar y tienen que utilizar. Díganoslo sinó esto último, los mismos industriales ingleses y norteamericanos que hoy tienen que cerrar, por ejemplo, muchas de sus fábricas por no poder pasarse sin los productos de la industria química alemana que ellos no saben obtener; y lo podríamos decir muchos médicos que, desprovistos de la química médica alemana, que no llega ahora a nuestro país, nos vemos privados de los mejores medios e *insustituibles* que habían de dar salud a muchos anti-germanos.

Al querer explicar las causas de la productibilidad germánica, se ha alegado siempre, entre otras cosas, el natural de raza, sus cualidades de constancia, disciplina, la falta de la emotividad de que adolecen en mayor grado los pueblos meridionales, las ventajas de los climas fríos para el trabajo, el poseer grandes maestros, la gran riqueza de sus universidades, etc.; pero no se ha dado la suficiente importancia a la que, con muchos otros, nos atrevemos a creer la causa principal del secreto científico de Alemania, que es: la organización y modo muy peculiar y exclusivo de ser de sus universidades, o la forma y concepción del trabajo y enseñanza en ellas, asunto principal de estos artículos, y otro factor que procuraremos exponer más adelante, y la convivencia de todos los investigadores de la nación y hasta muchos de fuera con el alma de los Institutos científicos Universitarios, que hace convertir en organismos colaboradores para la Universidad y centros de investigación todos los rincones, cualesquiera que sean, de todo el imperio en que haya trabajo científico.

Siguiendo la evolución científica de Alemania en los últimos cinco siglos y estudiando su estado cultural en cada época, se puede ver muy bien que cada período de civilización alemana, hasta llegar al de hoy, ha sido un reflejo del régimen y sistema de sus Universidades; del método y mecanismo y concepción del trabajo y enseñanza científicos en cada período, variando mucho el estado de cultura y siendo siempre igual la raza.

Cuando las Universidades y la enseñanza entera (aquí nos referimos exclusivamente al desenvolvimiento científico y estado de las ciencias en la nación) estaban bajo el dominio de la especulación filosófico-científica y, para su desgracia, de la aristotélica filosofía abstracta, se estaba en Alemania, como también en el resto del mundo, en ciencias, naturalmente, a la altura del tiempo de Aristóteles. Los profesores transmitían *in verbo* las doctrinas de sus antecesores, y la ciencia era una especie de tradición. La Universidad, no obstante, era la que la poseía. Los trabajos científicos se reducían entonces a los célebres *Comentarios*: comentarios sobre el universo, comentarios sobre los fenómenos de la vida y de la materia, etc., que nadie casi se atrevía a tocar. Las Universidades germánicas eran lóbregas viviendas, llenas de rancios pergaminos, de olor a cerveza y a humo de tabaco, según explica un cronista de aquellos tiempos. Laboratorios, material, investigación, no eran conocidos ni admitidos. Así se vivía, allí como en los demás países del mundo, hasta que a fines del siglo xvii algunos filósofos que se escaparon del molde antiguo em-

pezaron a aplicar la objetivación, o sea la investigación material y el experimento, la única herramienta utilizable en las ciencias materiales para el estudio de éstas. Sentó su pie el espíritu de objetivación para penetrar en la materia y genios nuevos implantaron la investigación científica objetiva pura; nacieron laboratorios y de ellos empezaron a surgir las ciencias. Las Universidades establecieron nuevos reglamentos, abrieron nuevos caminos, apadrinaron la investigación científica y la enseñanza objetiva, y con su fuerza y con la de las leyes que formularon aquellos espíritus objetivos, pudieron atacar al Universo material con armas más positivas que las del silogismo y el simple pensamiento abstracto; y los frutos de la objetivación se hicieron pronto claros. Se diseminó por la nación dicho espíritu científico, contagiándose hasta las investigaciones filosóficas, teológicas y sociales. El mecanismo de la enseñanza e investigación para las ciencias, se fundó ya según las exigencias de éstas; el mundo material, objeto de las ciencias, recibió una sacudida extraordinaria por parte de Alemania, y, por ejemplo, un Johannes Müller, en su corta vida de veinte años de trabajo en el primer laboratorio de fisiología que tuvo la Universidad de Berlín, creó para Alemania la ciencia de la fisiología, enseñando más a la humanidad sobre los secretos de la vida, que en veinte siglos los comentaristas de las generaciones anteriores. El paso de la objetivación y nuevo derrotero de la investigación de la enseñanza positiva estaba dado; brotaron de la misma raza con nuevos derroteros nuevos hombres; nació el nuevo espíritu universitario, surgió *la gran constitución para investigación y enseñanza* que actualmente rige las Universidades germánicas, se elevaron los Institutos científicos Universitarios y los hombres que se llamaron Virchow, Kölliker-Henle, Merckel-Dubois-Reymond, Ludwig, Engelmann, Koch, Eberth, Pfeiffer, Loeffler, Leyden, Gerhard, Humboldt, Helmholtz, Robert Mayer, Bunsen, Hertz, Rumkorf, Roentgen, Frauenhofer, Berselius, Liebig, Buchner, Weber, Olm, etc., etc., para no citar más que algunos pocos, entre los genios muertos y universalmente conocidos por sus grandes descubrimientos, hicieron nacer en sus Institutos científicos Universitarios, al mismo tiempo que también se obraba el mismo despertar en otras naciones, sobre todo en Francia, las ciencias que hoy se llaman ciencias químicas, físicas, médicas, naturales, etc., y al propio tiempo las generaciones de nuevos sabios que, continuando y perfeccionando sus métodos, dan la Alemania de las ciencias, industrias y artes en el gran apogeo que hoy conocemos. Todo ello ha sido producto directo o indirecto de las Universidades, de las Universidades modeladas con su constitución especialísima como empresa nacional para investigar, crear y enseñar investigando y creando.

Otra prueba de que la evolución científica alemana se debe a la organización especial de sus Universidades y a sus métodos de trabajo y enseñanza, la hallamos en el hecho de que los pueblos que más han adquirido e implantado los usos alemanes, los que han ido a nutrirse a Alemania, asimilándose el espíritu de las Universidades germanas y hasta llevándose algunos profesores de aquella nación, son los que, después de Alemania, cada uno en proporción a sus fuerzas, más positiva producción demuestran y en más sólido desenvolvimiento científico se encuentran. Nos referimos a Suiza (la alemana), Austria y Hungría, Suecia y Finlandia particularmente. La enseñanza en las Universidades de estos pueblos se confunde en su método y carácter con la de las alemanas, y sería difícil poder establecer entre muchas de ellas y las alemanas categoría de mejor o inferior.

Viven casi como en comunidad; trabajan en cooperación; se cambian con frecuencia profesores, y los estudios que se hagan en una Universidad de estas naciones, tienen validez directa para cualquiera de las otras.

Más que en ninguna otra, se ve la influencia del contacto alemán en las dos Universidades bálticas de Finlandia y Suecia, Helsingfors y Upsala, que por sus circunstancias especiales, políticas y geográficas, se han formado casi por entero a la sombra de las ale-

manas, y viven la vida más común con éstas; tanto, que escriben en alemán casi todas sus obras y publicaciones, especialmente las de medicina. Pues estas dos Universidades de las últimas alturas septentrionales de Europa, tienen una brillantez científica como la que más de los grandes Estados. Su autoridad en algunas ramas de las ciencias y sobre todo de la medicina, en patología experimental, anatomía patológica, fisiología, química biológica, se mide y concurre con cualquiera de las mejores Universidades alemanas. Algunas obras de esas Universidades bálticas se han impuesto en Alemania y en todos los países que las conocen, como lo mejor de su clase, por su carácter de solidez científica. Nos permitimos citar, por ejemplo, de entre ellas, aunque no sea este lugar el indicado para ello, la de fisiología de Tigerstedt, director del Instituto de Fisiología de Helsingfors, Finlandia, que si en volumen la superan muchas, en valor, quizá ninguna; el Tratado de química fisiológica de Oloff Hammersten, del Instituto de Química médica de Upsala, se aprecia como el mejor tratado entre los mejores escritos en alemán. Igualmente los Archivos trimestrales de fisiología y química biológica de estos Institutos, ocupan el primer sitio entre sus publicaciones congéneres; ahora están publicando en colaboración varias Universidades alemanas y de esos otros países, una gran obra de metodología fisiológica, la mejor y más sólida publicación mundial que existe sobre este punto, y es el director del Instituto de Fisiología de Helsingfors, Tigerstedt, quien la dirige.

Lo que acabamos de exponer es, pues, un ejemplo de que el mecanismo universitario alemán, y no otra circunstancia, es el que da los frutos, ya que los produce igual fuera del suelo germano.

Entre los pueblos más lejanos que deben la mejor parte de su florecimiento científico a su aprendizaje en Alemania, está Italia, que durante muchos años fué la primera concurrente extranjera en las Universidades alemanas.

En la de Berlín hay (o había hasta ahora) una lápida de fraternidad entre estudiantes alemanes e italianos; todos vemos hoy la marcha de progreso científico en que se encuentra Italia, que se pone a la cabeza de los pueblos latinos. La mayor parte de sus jóvenes investigadores de hoy, han recibido su bautismo científico en las Universidades alemanas. El excelente fisiólogo italiano L. Luciani, fué discípulo del gran fisiólogo alemán Ludwig, y largo tiempo asistente del Instituto de Fisiología de Leipzig, y dejó en el suelo alemán sus primeras labores científicas.

El Japón está identificado científicamente con Alemania. Las Universidades japonesas publican lo principal de sus trabajos en alemán. Hasta hace poco en todos los laboratorios de cualquiera Universidad alemana, grande o pequeña, era clásico descubrir en uno u otro rincón un taciturno y callado nipón, trabajando con una asiduidad y concentración que podía servir de modelo a los estudiantes de todas las demás naciones. En el curso, durante las vacaciones, incluso en días festivos, se encontraban siempre entre retortas, termoestatos y microscopios u otros aparatos científicos, los sombríos y silenciosos japoneses repitiendo experimentos, probándolo todo, tomando noticia hasta del más escondido detalle en que nadie se fijaría. Recuerdo la risa que se produjo un día en el Instituto de Anatomía patológica de Berlín, porque un pequeño japonés cayó, con gran estrépito, en un depósito de agua lleno de cadáveres en maceración. La causa había sido, que en un momento en que se había quedado solo en una gran sala de autopsias, con el afán que les distingue de averiguar el más pequeño detalle que puedan llevarse a su país, quiso, sin duda, descubrir el mecanismo de un aparato regulador de aguas que había encima del depósito, colocado bastante alto, y derrumbándosele la torre de banquillos que había utilizado para trepar, se vino abajo a tomar un baño en el depósito, llevando tras sí y sobre los cadáveres el aparato a que había querido asirse en la caída. Pero el hecho es que aprendían y se llevaban al Imperio del Sol Naciente semilla para establecer allí una cultura que quizá pronto todos habremos de admirar.

Nadie gozaba en Alemania de un concepto tan alto y bien merecido como buenos trabajadores científicos como los japoneses. En los laboratorios se les encargaban los trabajos más delicados; la antitoxina de la difteria, por ejemplo, la obtuvo Behring; pero los principales trabajos se los hizo su discípulo Kitasato, hoy el famoso investigador japonés, que había ya trabajado mucho tiempo con Loeffler en el cultivo del bacilo, y en cuyo aislamiento absoluto quizá tomó tanta parte como este último. En buen número de laboratorios alemanes, especialmente en los trabajos sobre el bacilo del tétanos y de la peste y en el campo de las antitoxinas, ha quedado una buena memoria del paso del estudiante japonés Kitasato, quien hoy ha formado una fecunda escuela en su país. Y de Alemania volvían todos los años al Japón un floreciente ejército de Kitasatos de todas las ciencias.

Como el Japón e Italia, los países Escandinavos, Austria y Suiza, también Rusia, y en gran parte Estados Unidos de Norte América y los países Balcánicos, llevando a sus países el método alemán de enseñanza, han demostrado lo que a Alemania deben de su progreso. El humilde Brasil, gracias a su escuela alemana, ganó el primer premio en la sección de Anatomía patológica del último Congreso Internacional de Higiene en Berlín dejando asombrados a los que no le conocían.

Las Repúblicas de Sud-América, además del buen número de estudiantes que envían, hacen todo lo posible para llevarse a profesores de Alemania, ofreciéndoles algunos montones de miles de marcos por el cambio de discípulos durante algunos años, y están demostrando algunas de ellas lo mucho que han ganado con sus maestros exóticos.

Un payaso periodístico

POR EL DR. P. DE MUGICA

PARECE imposible que un periódico serio, el mejor de cuantos se publican en España, haya echado mano de un ignorante para representarle nada menos que en Berlín, la metrópoli intelectual del mundo. ¿Qué tiene Julio Camba, para ser elegido corresponsal berlinés? Un gran defecto español: la *chirigotería*. Y por ella ha adquirido ese público cuya mentalidad paupérrima no traga crónicas confeccionadas en un gran pueblo sin que se las salpimente con esa cargante guasa patria que echa a perder lo más santo.

¿Es original Camba? Cadenas, su sucesor en Berlín, era un imitador palidísimo de Bonafoux, el maestro de la *croniquería* española, inteligente, instruido, graciosísimo, genial, inagotable.

Y Camba es imitador ramplón del Cadenas de antaño, ya vuelto otro muy distinto, sensato, talentudo, bien educado.

En el artículo «Koooolosal!» aludí a don Julio, diciéndole a Unamuno: «Ese afán de escribir sobre todo lo *escribible*, debiera quedar para periodistas como Camba, quien sin saber, v. gr., ni pizca de alemán, habla tan campante acerca de esa lengua y arremete con ella de vez en cuando. Pero todo un Unamuno está obligado a estudiar antes de manejar la pluma y *chirigotear cambalmente*. Informado por Camba en el asunto de su artículo, hace volatines en vascuence, desarrollando el favorito tema *cambino* a sus anchas».

Richard Stern, en una epístola de Buenos Aires aparecida en el *Won*, da un recorrido bueno a varios detestables corresponsales de diarios sudamericanos, y dice de Camba: «Muchos extrañarán su juicio (todo el que tenga dos dedos de él). Afirma que no existe un pueblo alemán; que en Francia hay un gobierno y un pueblo, en España un pueblo y ningún gobierno y en Alemania un gobierno y ningún pueblo; que el alemán no posee

personalidad; que su literatura es crítica, su Marina un producto artificial, hecho de la noche a la mañana; que su lengua es un compuesto artificial. (A los ejemplos *Cambinos* añade Stern *casa de orates*.) En todas las casas en que vivió, leían los criados Schiller y Goethe. ¿Cultura? Ni pizca. Los criados no tienen gusto, ni siquiera malo, y por eso leen lo que les recomiendan los críticos. Y patatín, y patatán. Es de notar que el diario que publica tales cosazas no es satírico, sino serio, muy leído».

Lo mismo ocurre con A B C. Camba es el *clown* del periódico, el folletinista, por decirlo así.

La primera vez que tuve noticias de don Julio fué por un libro de Bonafoux: *Los españoles en París*.

«Angel Guerra está enterado día por día de todo lo que pasa dentro y fuera de Francia, al revés de Julio Camba, quien, restregándose los legañosos ojos una tarde frente a un buzón de correos, donde había echado un artículo, que no podía salir porque aquel buzón estaba cerrado por ser domingo, me decía, escéptico y tranquilo: ¿Habrá ocurrido algo importante en este país desde hace unos cinco o seis días?.....»

Por fortuna olió la policía que el hombre se propasaba, y, como hicieran antes en Berlín con Cadenas, obraron con Camba en París. Huéleme a que su salida de Berlín obedeció también a una medida policíaca. Fuese a Munich, y al empezar la guerra se largó a Zurich, desde donde continuó chirigoteando sobre Alemania. Luego le destinaron a Londres, como sucesor del talentosísimo Pujol, y en cuanto llegó, sacó el instrumento de la eterna chirigotería cargante y amolante.

Los lectores estarán enteradísimos de lo que son Francia, Alemania, Suiza e Inglaterra.

Ahora se abre un curso de periodismo folletinesco en la universidad de Leipzig. A él debe de acudir, de cabeza, Camba.

¡Si supiera él cuánto se descoyuntan de risa en Berlín los alemanes que saben español, con los disparates que suelta!...

Génova, abril 1915.

Fragmentos de Historia

Dupont en Córdoba

Por FEDERICO HERNÁNDEZ ALEJANDRO, ABOGADO

HABÍASE consumado la gran iniquidad; habíase ya iniciado la injusta guerra contra España, como califica Sarrazín (1) a la empresa de opresión y servidumbre ideada por el ambicioso Bonaparte. Tropas napoleónicas, en número proximamente de 80,000 guerreros, según cálculos de historiadores franceses, de aquellos soldados de Austerlitz y de Jena, de Austria, de Sajonia y de Polonia, formando parte de los cuerpos de ejército de observación de la Girona y de las costas del Océano, al mando de caudillos como el conde Pedro Dupont y el mariscal del Imperio, duque de Conegliano, Adrián Moncey, tenían sus vivaques establecidos en tierras de la vieja Iberia. La cuarta coalición; los derrotados prusianos en Saafeld y en Auersttat, y los rusos en Eylau y en Friedland, después de cruentísimas luchas, hubieron de someterse a las exigencias impuestas por el nuevo César en la entrevista de Tilssit, en aquellos, para los vencidos, tristes días de 26 de junio y 7 y 8 de julio de 1807, en que Napoleón I elevó a la apoteosis el militarismo francés, trocado luego casi en leyenda por las plumas de Gourgaud, de Las Casas, de Norvins,

(1) *Histoire de la guerre d'Espagne et Portugal*. París, J. G. Dentu, 1814.

de Thiers, de Marco de Saint-Hilaire y de muchos más serviles aduladores del éxito; por las *Memorias* de madame Junot, del barón de Lamothe Langon, del general Marbot y del apologista Federico Masson; por los poemas de Méry y de Barthélemy, las canciones de Beranger, los versos de Hugo y la trilogía de Quinet; por los cuadros de David y de Gros, de Horacio Vernet y de Bellangé; por las esculturas de Canova y de Rude; por los retratos oficiales y las lisongeras efigies hechas por Lefevre y por Gerard; por los dibujos de Raffet y Charlet y por libros como *Victoires, conquêtes, etc.*, y *Trophées des armées françaises*.

El Tratado de Fontainebleau había sido aprovechado arteramente, con voluntad tan arbitraria como poderosa, por el genio belicoso y esclarecido, acompañado hasta entonces de la halagüeña y para él próspera deidad Fortuna, del asombroso, por sus maravillosos triunfos, hijo de Ajaccio. España había sido invadida usando para ello el falso título de amigo y bajo el pretexto de ocupar Portugal y de destruir a la odiada británica armada. D'Armagnac apoderábase alevosamente de la ciudadela de Pamplona; Duhesme, de igual modo, de la de Barcelona, y de Monjuich; Piat, del castillo de San Fernando de Figueras; y de esa manera insidiosa, en medio de la «paz y de una estrecha alianza, se privó a España de sus plazas más importantes: perfidia atroz, deshonrosa astucia en guerreros envejecidos en la gloriosa profesión de las armas, ajena e de una nación grande y belicosa». (1) Foy, general francés, aun es más severo en las censuras dirigidas, por su alevosía, al orgulloso Bonaparte.

En su marcha hacia Vitoria, la división Barbou cometió atropellos incalificables: Burgos fué saqueada; Verdier, en Logroño, impuso caprichosamente abrumadoras contribuciones; Torquemada, la infeliz villa castellana, quedó convertida en lúgubre cementerio y en montón de humeantes ruinas por los sables de los escuadrones y por las incendiarias teas de los infantes de Lassalle (2); hecho el del incendio, falsa y absurdamente atribuido a los españoles por los redactores de una tan extensa como parcial publicación francesa (3); entregadas al pillaje Mataró y Villafranca; violadas las mujeres de Rioseco por la soldadesca de Bessières; el espléndido convento de San Pablo y los monasterios de Valladolid, trocados en infames lupanares, según dice en su «Proclama» la Junta de Orense (4); casi destruída Cuenca; inmolados centenares de inermes madrileños en aquel, a la vez que trágico, glorioso día del 2 de Mayo, por las iras y el ansia de venganza del gran duque de Berg (5); escarnecidos los sacerdotes, profanados los templos, ultrajados los altares; la familia real española y a su frente el monarca legítimo, internada en Francia, por la astucia de Savary.....; eso hizo «que cundieran a manera de llama eléctrica, como escribe un ínclito literato, por todos los ángulos de la monarquía un ardoroso sentimiento de independencia y de despecho, y un clamor de venganza que hicieron estallar un alzamiento general, el más rápido, espontáneo y magnánimo de que hace mención la historia» (6).

Y esa noble agitación, esa heroica, sublime, santa protesta, encontró eco en aquellas hermosas y perdurables declaraciones de guerra hechas al injusto invasor, primero, en 25 de mayo de 1808, por la Junta del Principado de Asturias, y luego, en 6 de Junio del

(1) Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*; en la pág. 17 del tomo LXIV de la Biblioteca de Autores Españoles, editada por Rivadeneira. Madrid, 1872.

(2) Queriendo, sin duda, el rey intruso, José Bonaparte, reconstruir la devastada población que se alzaba cerca de las orillas del Pisuerga, por Decreto de 14 de junio de 1809, mandó reparar los edificios y casas tan van dáticamente arruinadas. *Diario de Madrid*, de 17 de dicho mes y año.

(3) Aludimos a la obra *Victoires, conquêtes, desastres, revers et guerres civiles des français de 1792 à 1815*, editada por Panckoucke, en 1820.

(4) *Demostración de la lealtad de España*. Madrid, en la imprenta de Repullés, 1808.

(5) Los que deseen conocer detalladamente los sucesos ocurridos en aquella inmortal fecha, pueden leer la eruditísima obra del académico D. Juan Pérez de Guzmán, *El Dos de Mayo de 1808 en Madrid*.

(6) Don Leopoldo Augusto de Cueto, *Biografía de D. José María Queipo de Llano, conde de Toreno*: publicada por primera vez en 1842 en la *Galería de españoles célebres contemporáneos*.

mismo año, en famoso documento, por la Junta Suprema de Gobierno, establecida en Sevilla. Fueron, sí, como el grito general de la nación esas declaraciones de guerra, cual decían en sus proclamas y bandos, en sus manifiestos y circulares, Cádiz y Valencia, Aragón y Palma, Murcia y Gerona. Y ese movimiento obedeció, conforme a las elocuentes frases del conde de Clonard (1) a que: «La más negra página de la historia no presenta un ejemplo de inmoralidad más irritante. La España, que conservaba entre sus tristes tradiciones las pérfidas crueldades de los pretores Lúculo y Galba y la abominable conducta de la antigua Roma con los heroicos numantinos, todavía le costó familiarizarse con la idea de que Napoleón, el hombre del siglo, aventajase a uno y a otro en el dolo y artificio». «Fueron grandes, escribe Du Casse (2), los primeros movimientos del patriotismo.....; y acaso no hubiera un solo español que no anhelara ardientemente el triunfo de la independencia nacional. Pero el Emperador, acostumbrado a no ver más que la fuerza en el gobierno y las tropas regulares, creyó muy fácil conquistar un reino del que tenía prisioneros a sus príncipes y que pensaba que sólo podría oponerle el simulacro de un ejército».

Pero, toda aquella «mezcla de la astucia de los débiles y de la arrogancia de los fuertes», como escribió el eminente político y hombre de elevado espíritu, Foy (3); todas aquellas devastaciones, todos aquellos pillajes, todos aquellos sacrilegios; las repugnantes escenas de torpes, lúbricos atropellos desarrolladas en Rioseco, el saco de Morgat, el incendio de Torquemada, las depredaciones de Burgos, las vírgenes mancilladas en los claustros de los conventos y cenobios, según lo proclaman documentos y demás testimonios de tan nefastos tiempos; las bárbaras ejecuciones militares de Madrid, las expoliaciones de indefensas villas, el cautiverio de pobres aldeanos; la desolación, la ruina, el aniquilamiento con que el frenético irruptor pagaba a un pacífico y generoso pueblo, la ciega, incomprensible confianza que aquél le inspiró; todo eso, con ser tan pavoroso, tan horrendo, no era nada, nada, comparado con lo que aconteció, no mucho tiempo después, allá, en la histórica y culta patria de los Sénecas y de Lucano, en la ciudad encantadora de los Califas, en la hospitalaria, en la artística, en la fastuosa Córdoba.

Lo que allí, en aquella maravillosa ciudad, hicieron los coraceros de Prié, los cazadores de Chabert, las brigadas Pannetiers y Laplane, los soldados todos, pudiera afirmarse, que componían el cuerpo expedicionario a Andalucía, cuerpo al frente del que figuraba como supremo jefe, uno de los predilectos generales de Napoleón, un conde del Imperio, un «grand aigle de la Legion d'Honneur» (4), Pedro Dupont de l'Etang, guerrero ilustre en las campañas de Italia y de Prusia; lo que allí hicieron aquellas huestes desenfundadas, apoderándose, como dice Sebastián Blaze (5) *de ce maudit butin du pillage de Cordoue*; los actos de concupiscencia, de lascivia, de crueldad que allí hubieron de consumarse, superaron a todo lo abominablemente realizado hasta entonces; y esos horrores han merecido y seguirán mereciendo, mientras en la conciencia humana exista la sublime idea de la justicia y en el corazón del hombre el sentimiento de piedad infinita hacia el débil y el oprimido, la más inflexible reprobación, el anatema más implacable.

No van ahora a sugerirnos el relato de esos hechos execrables, historiadores compatriotas nuestros. No serán las páginas que escribieron Toreno y Canga Argüelles, el clarísimo impugnador de Londonderry y de Napier, el P. Salmón y Muñoz Maldonado, Carnicero y Gómez de Arceche, Miguel Agustín Príncipe y Rodríguez Solís, entre muchos

(1) *Historia orgánica de las armas de Infantería y Caballería españolas, etc.* Tomo VI, pag. 89.

(2) *Mémoires et Correspondance politique et militaire du roi Joseph.* Tomo IV, pag. 299. Paris, 1857.

(3) *Histoire de la guerre de la Péninsule sous Napoléon.* Tomo III. Paris, 1827.

(4) El que esto escribe, ha visto en una librería de Leipzig, el «Brevet de comte del Empire pour Pierre Dupont», extendido sobre pergamino y firmado por Napoleón, en Bayona, el 24 de junio de 1808.

(5) Sebastián Blaze, farmacéutico en el segundo cuerpo de observación de la Gironda y autor de las *Mémoires d'un aide-major sous le premier Empire*, fué testigo presencial de los odiosos hechos perpetrados en Córdoba.

más, las que aquí extractemos; ni siquiera el alemán Schèpeler, imparcial autor de la «Historia de la revolución de España y de Portugal», ni el inglés Roberto Southey (1), será de quienes tomemos elementos para dar una idea de tan sin igual cataclismo. Los textos, de algunos autores franceses, libros escritos por historiadores nacidos donde hubieron de nacer los que esparcieron en la infortunada Córdoba el dolor, el pánico y la muerte, y esos libros y esos textos serán los que utilicemos, no los nuestros, que pudieran ser tachados de parciales, para bosquejar cuadro tan sombrío y sangriento, cuadro de codicia y de impiedad, de impío furor y de aborrecibles, insensatas pasiones enardecidas por la guerra maldita, cuadro lleno de espanto y de horror.

No importa que entre esos escritores franceses haya algunos, tal vez demasiados, que, como Vedel, Naylies, Miot de Melito, Bigarre, Thiers, Saint-Maurice Cabanis, Loredan Larchey y los redactores de *Victoires, conquêtes*, etc., hagan ligerísima indicación, estimándole cual vulgar y baladí suceso episódico de tan memorable pugna, del saqueo de Córdoba, cuando no pretendan, con error e injusticia flagrantes, atenuar y aun elogiar tan horrible acontecimiento, alegando para ello, como hace el, bajo otros respectos, insigne autor de la *Histoire de la Revolution, Consulat et Empire*, el especioso pretexto de una inverosímil empeñada resistencia (supuesto rechazado por los hechos), opuesta por algunos bravos a las legiones napoleónicas, a los dragones de Dupré, a los *voltigeurs* de Boussard, a los batallones de la impetuosa Guardia de París y de «una batalla de *inter muros* para disculpar aquella indisculpable y atroz hazaña», como dice el inmortal Gómez de Arteche (2) no importan ni esas premeditadas evasivas ni esas absurdas excusas: la Historia, soberana e incorruptible, austeramente imparcial, independiente y egregia, juzga esos hechos, y aquí ese fallo inapelable le dictan hombres de buena voluntad y de alma recta, que no vieron, ciertamente, la primera luz en España.

En el mismo día, 7 de junio de 1808, en que se libró la acción de Alcolea, entre un bisoño y allegadizo ejército y las veteranas tropas de los generales Fressia, Doufour, Legendre, Rouger y Marescot, en ese mismo día, conforme dicen los autores de *Victoires et conquêtes*, entraron en Córdoba las fuerzas de Dupont, que se dirigían a la isla gaditana. Muy próximo a aquella ciudad, que no era ni con mucho plaza militar, estaba el caudillo que pronto iba a pasar por las horcas caudinas del vencimiento y a sufrir en jornada tan gloriosa para España, el más gran desastre que las armas hasta entonces triunfadoras sufrieran; cerca de Córdoba se hallaba Dupont, cuando apenas débilmente hostilizado, ocreyendo serlo, dió la orden de derribar las puertas a cañonazos, y hecho eso «nuestras tropas — copiamos a Baste (3) — penetraron en la ciudad a paso de carga. La encontramos evacuada por las tropas españolas que huían en el mayor desorden, ya por el camino de Ecija en la izquierda del Guadalquivir, bien a las montañas, al otro lado de Córdoba. Pero fué imposible contener la avaricia del soldado, que recorriendo las calles con la bayoneta calada, se abría paso por todas partes y se esparcía por las casas para robar..... Trabóse una especie de combate de calle en calle y sirvió de pretexto a los soldados para saquear a Córdoba y entregarse a todos los horrores de una ciudad tomada por asalto. Al asesinato y al pillaje se unieron bien pronto la violación de las mujeres, de las vírgenes y de las religiosas, y el robo de los vasos sagrados en las iglesias, sacrilegio acompañado de las circunstancias más atroces. Algunos oficiales y hasta generales se mancharon e imprimieron en sus frentes el deshonor

(1) *History of the Peninsular war*, traducida al francés por José Alejandro Lardiev, en 1828. Esa traducción sólo alcanza a 1809.

(2) *Guerra de la Independencia española. — Historia militar de España de 1808 a 1814*. Tomo II, pág. 210. Madrid, imprenta y litografía del Depósito de la Guerra, 1875.

(3) El que fué luego contralmirante francés, el conde Pedro Baste, hizo la guerra de España desde principios de 1808 a 1811, siendo uno de los jefes del batallón de marinos de la Guardia Imperial, que formaba parte del cuerpo de ejército del caudillo vencedor en Bertenstein, y sólo poco más de un año después, derrotado en Bailén.

en el momento mismo en que padres y madres desoladas iban a solicitar protección de los primeros jefes que encontraban..... Los ultrajes eran tanto más grandes cuanto que procedían de una soldadesca difícil de atraer a sus deberes, porque había roto todos los lazos de la disciplina. No hubo género de desórdenes que no señalara la espantosa jornada y las escenas de desolación de que fué teatro Córdoba.

«Las casas, las iglesias, aun la célebre mezquita que los cristianos habían convertido en catedral, todo fué saqueado..... Escenas terribles que no tenían excusa en las pérdidas experimentadas por el vencedor, porque el ataque de la ciudad no les había costado diez hombres», escribe otro historiador francés; y Foy dice: «Le pillage de Cordoue et une longue indiscipline avaient détrempé les armes, et les avaient préparées a recevoir sans horreur la proposition de mettre bas les armes» (1).

«Les maisons, les convents, les églises, leemos en el libro de E. Guillon, *Les guerres d'Espagne sous Napoléon*, même l'admirable mosquée transformé en cathédrale, tout fut saccagé, et le souvenir de nos excès à Cordoue pesa longtemps sur l'Andalousie.»

Reproduciéndolo de la *Relation de la campagne d'Andalousie*, redactada por Thiébault y existente en los Archivos de la Guerra franceses, el teniente coronel Clerc, en un notable libro (2), dice: «El desorden llegó al colmo. Ni las mujeres ni los ancianos ni los niños, nada fué respetado. Dos días después los cerdos comían los senos de las mujeres que habían recibido la muerte en las calles (**Deux jours après, des cochons mangeaient les sein des femmes qui avaient reçu la mort dans les rues**). Hasta tres días después no pudieron varias compañías escogidas, que recorrían los diversos barrios de la ciudad, restablecer el orden.» «El pillaje se prolongó durante muchos días, extendiéndose a los conventos e iglesias, **et l'envèlement de l'argenterie des églises, une suite tout aussi naturelle**, confiesa Marescot, en sus *Rapport e Interrogatoire*..... ¡Y todavía Thiers se atreve a calificar el saqueo de Córdoba de *assertion horriblement mensongère*! Pero, pone como comentario a esas palabras Clerc, «no debemos disfrazar la verdad ni invocar el respeto debido a la historia, para atenuar esos hechos odiosos» (3).

Un mariscal del Imperio, antiguo jefe de Estado Mayor de José Bonaparte, y luego gobernador de los Inválidos, Jourdan, el vencedor de Fleurus, ocupándose del saco de Córdoba, escribe en sus *Mémoires militaires*: «Las tropas imperiales se entregaron al pillaje y a todos los excesos que acompañan a la toma de una plaza». «La toma de Córdoba, escribió Julien, pagador de la división Vedel, ha enriquecido a todo el ejército. Conozco a la mujer de un general que me ha enseñado perlas y piedras preciosas por valor de más de treinta mil francos, que había adquirido a vil precio».

No ya solamente infelices, desdichadas mujeres, ancianos decrepitos, inocentes criaturas fueron víctimas del frenesí del invasor, de sus sensuales y bajos instintos, de su crueldad inconcebible, sino que hasta los templos, las iglesias, los conventos, constituyeron el objeto del furor y odio de aquél. La catedral, prodigio del arte árabe, estupendo monumento elevado por Abder-Rahmán, una de las obras arquitectónicas más espléndidas y maravillosas del mundo; sus columnas elegantes, sus bóvedas, portento de construcción; sus arcos airosos, su rica y delicada ornamentación, su capilla «des fonts baptismaux», aquella capilla que tanto encomió un ministro de José Bonaparte, hubieron de ser sometidas al devastador encono de aquellos soldados; y las coronas, los cálices, los crucifijos, muchas alhajas más, desaparecieron de templo tan magnífico, en aquellos diez luctuosos días en que las legiones del primer Imperio francés ocuparon la infortunada ciudad andaluza.

(1) Foy, en su citada *Histoire de la guerre*, etc. Tomo IV, pág. 100.

(2) *Guerre d'Espagne. — Capitulation de Baylen (sic). — Causes et conséquences*. Paris, ancienne librairie Thorin et Fils, 1903.

(3) En la mencionada obra *Capitulation de Baylen (sic)*, pág. 103

He ahí, en extracto, lo que con respecto al pillaje de Córdoba dicen no historiadores españoles, sino algunos escritores franceses, varios de éstos testigos presenciales que fueron de tan ominoso suceso.

La Historia, lo repetimos, ha pronunciado su veredicto inexorable, no obstante argucias más o menos hábiles empleadas para despojar al humano espíritu del recuerdo de tanto horror. En la Historia, también Dios se revela, y su justicia infinita castiga al protervo. No pudo, no puede ser aquella capitulación firmada en Andújar, el 22 de julio de 1808, donde se lee el vergonzoso artículo once, una expresión de la pena impuesta por la Providencia al injusto agresor? ¿No es la glorificación de tanto sufrimiento aquella «Proclama» inmortal, en la que, con legítima exaltación patriótica, se decía: «Valientes andaluces: vuestra es la fama de Marengo, de Jena y de Austerlitz. Los laureles que ceñían la frente de esos vencedores están ya a vuestros pies?»

Un vandalismo como el de Córdoba, exigía un triunfo como el de Bailén..... Y Dios lo quiso.

La destrucción del ejército ruso del Narew

POR RAFAEL RASOLDEL

EL feldmariscal Pablo von Hindenburg, pertenece a esos raros y geniales generales que poseen las cualidades de la inventiva, que estratégicamente forman el conjunto y saben poner el método al servicio de las armas, en la guerra.

La victoria alcanzada en el cuadrilátero Goldap, Lyck, Suwalki, Augustow, es una victoria meditada profundamente, utilizando los medios del arte de maniobras y no de batallas de frente o de combates estratégicos.

A la ligera describiremos esta batalla magistral, que es uno de los episodios de la campaña de invierno en Rusia.

Los ángulos del cuadrilátero donde se desarrolló la acción, son: en el superior, Goldap, al Oeste de Prusia; al Este, un poco más al Sur, la ciudad polaca de Suwalki, en la Polonia rusa; en el ángulo izquierdo del lado inferior, la ciudad alemana de Lyck, y en el restante Augustow. Entre Goldap y Lyck, en línea recta, se halla a la mitad del camino Marggrabowa, ciudad alemana. Toda esta línea estaba ocupada por los rusos.

Hindenburg logra mantener en el más absoluto secreto la concentración de sus tropas, gracias a las innumerables vías de comunicación; ataca y desaloja a los rusos de Goldap, forzándoles a retirarse hacia el Sur, en dirección a Marggrabowa; se corre hacia el Este con fuerzas que ya tenía preparadas al efecto, entra en Rusia y se dirige a marchas forzadas, con toda la rapidez posible, hasta la ciudad de Suwalki.

Simultáneamente inicia un furibundo ataque de frente en Lyck. Defiéndense los rusos con valor y encarnizamiento, produciendo a los alemanes las más sensibles pérdidas. Mas esa misma resistencia que ofrecen los rusos, les resulta luego fatal. Cuando abandonan las posiciones ya no es tiempo. Tropas que estaban preparadas al Sur de Lyck, y otras que suben de Johannesburg, al Sureste de Lyck, siguiendo la carretera que se extiende a lo largo de la frontera que va de Grajewo a Augustow, llegan a Raygrod, punto medio entre Grajewo y Augustow.

De este modo la mayor parte de las fuerzas rusas desalojadas de Lyck, que se retiran por la carretera de Lyck a Raygrod, con intención de continuar desde esta ciudad hacia

Augustow, por medio del ferrocarril y ponerse al abrigo de las fortalezas, cuando llegan a Raygrod, la encuentran ocupada por numerosas tropas alemanas, y hállanse, por lo tanto, completamente copadas, no quedándoles otro remedio, convencidos de su situación, que rendirse, después de una corta lucha.

Los alemanes no se paran al llegar a Raygrod, sino, al contrario, a todo correr se dirigen hacia Augustow en persecución de los moscovitas que han podido escapar, y, sobre todo, para unirse en dicho punto con las fuerzas germanas que descienden del Norte, las cuales habían ocupado tres días antes la ciudad rusa de Suwalki.

Al verificarse el enlace en Augustow, de las fuerzas del Norte y del Sur, el objetivo de Hindenburg estaba conseguido: el cerco quedaba completamente terminado.

Entre Goldap y Suwalki no podía escapar nadie. Por estar ocupada la línea Lyck-Grajewo-Raygrod-Augustow, tampoco podía huir ninguno, y por haberse realizado en esta última ciudad la fusión de las tropas del Norte y del Sur, o sea que la carretera entre Suwalki y Augustow, estaba completamente ocupada, tampoco por el frente podía escapar nadie.

En una palabra: los cuatro ángulos del cuadrilátero habían quedado cerrados herméticamente. Todas las tropas rusas que se hallaban en su interior — fuera de caminos entre los bosques —, de no lograr romper el cerco por algunos de sus puntos, tenían que ser irremisiblemente prisioneras.

Y así fué, pues aunque algunas lo intentaron, el cerco no se rompió.

He aquí la explicación de por qué ha sido tan grande el número de prisioneros en esta batalla.

El botín cogido a los rusos fué: 115,000 prisioneros, entre ellos 11 generales, 320 cañones, numerosísimas ametralladoras, tres trenes hospitales, otros tantos trenes con víveres, 110 cocinas de campaña y más de 2,000 carros de todas clases, que los han distribuido entre Thorn, Francfort, Posen y Berlín; el valor material se aprecia en varios millones, y una parte de estos carros los están ya utilizando en el teatro oriental de la guerra.

El éxito de estas operaciones se debe en primer término a la resistencia física de los soldados, porque las marchas verificadas han sido muy largas y penosas, y en segundo, a la ignorancia de los rusos, que no se apercibieron de la concentración de las tropas alemanas, pues de haberlo sabido, hubieran podido realizar a tiempo la retirada.

Un periódico español, con objeto de que sus lectores se formaran idea exacta del enorme botín de guerra cogido a los rusos, ha hecho el siguiente cálculo: «Formando los prisioneros en filas de a cuatro, detrás los cañones y luego los carros, llegarían desde Madrid a Ciudad-Real, o sean unos 180 kilómetros, y si les obligaran a desfilar por un mismo sitio, se necesitarían treinta horas sin interrupción».

El décimo ejército ruso, compuesto de unos 250,000 hombres, fué completamente aniquilado, no sólo por los cañones alemanes, sino porque el alto mando del ejército ruso cometió faltas estratégicas, iguales a las que originaron la derrota de Tannenberg, al principio de la guerra.

El general Sievers, comandante del décimo cuerpo de ejército ruso, se ha suicidado, y en la iglesia de Santa Ana de San Petersburgo, se han celebrado los funerales por el alma de dicho general.

La retirada del décimo cuerpo de ejército ruso, después de la derrota y de su capitulación en los bosques de Augustow, se efectuó concentrando bajo la protección de la fortaleza de Olita los restos del tercer cuerpo; los del 26.º y 3.º cuerpos siberianos, se retiraron hasta la fortaleza de Grodno y detrás de la línea del Bobr. El jefe de todas estas tropas, general Barón Sievers, así como el Jefe de su Estado Mayor y el general que mandaba el tercer cuerpo de ejército, fueron destituidos y sometidos a un Consejo de guerra, ordenado por el Generalísimo, el Gran Duque Nicolás.

Tres nuevos cuerpos de ejército, el 2.º, 13.º y 15.º fueron enviados a Grodno y se cubrieron con nuevos soldados las bajas de los otros cuerpos de ejército. Así quedó constituido nuevamente un décimo cuerpo de ejército ruso.

A fines de febrero, entró en acción este nuevo ejército, e inútilmente intentó rechazar a las fuerzas alemanas que habían avanzado hasta la línea del Bobr y junto a la fortaleza de Grodno. En estos combates, sufrió las principales pérdidas el 15.º cuerpo de ejército ruso, el mismo que fué derrotado completamente en Tannenberg y que después había vuelto a rehacerse.

El objetivo alemán era recuperar tan pronto como fuera posible su libertad de acción, después de recoger el importante botín conquistado que estaba esparcido por el extenso bosque de Augustow. Tan pronto se dió fin a este trabajo, las tropas alemanas empezaron una serie de movimientos conducentes a la concentración proyectada.

El ala derecha se situó en la posición que se le había preparado en Augustow. Las demás fuerzas fueron a ocupar los puntos previamente designados. Todo esto se llevó a cabo sin que los rusos se apercibieran lo más mínimo, y sólo cuando ya las tropas germanas se habían situado en la forma proyectada, el jefe de las fuerzas rusas dictó una orden en la que se hablaba de grandes éxitos en toda la línea. El 3.º y 2.º cuerpos rusos se pusieron en movimiento: el primero desde Siumo hacia Loolzije y el segundo desde Grodno hacia Krasnopol, por Kapiowo-Seyni. Las demás tropas rusas emprendieron la marcha por el bosque de Augustow; pero tropezaron en seguida con una fuerte resistencia de los alemanes que no consiguieron vencer, a pesar de atacar sus posiciones durante varios días seguidos con fuerzas tres veces superiores. El 9 de marzo empezó la ofensiva germana contra el tercer cuerpo de ejército ruso que formaba el ala derecha. Cuando dicho cuerpo se vió repentinamente amenazado por el flanco en Lotzic y Swrento-Dersitory, y ante el peligro de ser envuelto, se retiró precipitadamente hacia el Este y Sudeste, dejando en poder de los alemanes muchos prisioneros y algunas ametralladoras. Con esta retirada, el Jefe ruso dejaba al descubierto al segundo cuerpo de ejército, cuyas columnas habían llegado a Berzniki y Giby el 9 de marzo. Contra este cuerpo de ejército, continuó la ofensiva teutona.

El llevar esto a cabo, no dejó de ofrecer sus dificultades, porque hacía un frío de diez grados bajo cero y los caminos estaban tan resbaladizos que los caballos caían continuamente, y la infantería sólo podía andar dos o tres kilómetros por hora. En los días 9 y 10 de marzo empezaron los combates en Berzniki y Seguy, viéndose el enemigo obligado a hacer frente hacia el Norte. En la noche de estos días tomaron los germanos por asalto estos pueblos. En Berzniki aniquilaron a dos regimientos de muy reciente formación e hicieron prisioneros a los jefes de ambos.

El jefe superior de las fuerzas rusas que observó se iba a repetir con él el movimiento envolvente de la Masuria, que tan trágicos resultados les dió, dándose clara cuenta de que toda resistencia era inútil, ordenó el 10 de marzo la retirada de todo su ejército. Los aviadores teutones vieron la marcha de largas columnas del enemigo que se encontraba a lo largo de toda la línea desde Giby-Sziabia. El día 11, prosiguiendo el movimiento de persecución, se apoderaron los alemanes de Makarze, Froucki y Giby. Por la noche una división de caballería tomó aún por asalto el pueblo de Kopziowo, haciendo 300 muertos, cogiendo 5,000 prisioneros, 12 ametralladoras y 3 cañones. La sola amenaza de un fuerte movimiento envolvente alemán bastó no sólo para obligar a retirarse el ala amenazada, sino que hizo retroceder a todo el ejército moscovita en un frente de más de 50 kilómetros.

No debe atribuirse a los generales rusos que mandan los cuerpos de ejército, esa ineptitud que tan a la vista demuestran en el transcurso de la guerra, sino que la mayor parte de los errores parten del gran estado mayor que dirige el generalísimo. El, personalmente, dirigió la célebre batalla de Tannenberg, la mayor derrota sufrida desde hace muchos siglos;

y a propósito de esta batalla, llega a nuestros oídos, que en el momento en que el ejército ruso iba a marchar sobre Prusia oriental para atraer sobre él una parte del ejército alemán que amenazaba a París, se cambiaron una serie de telegramas entre el gran duque Nicolás y el general Samsonoff, jefe de las fuerzas, que se hallaba en Soldau.

El general telegrafió diciendo «Atacar es ir al matadero, pero no significa nada; mas ir a la derrota y a la vergüenza es ir al deshonor».

El gran duque le contestó con una sola palabra: «Atacad». Así se hizo, sobrevino la inmensa catástrofe, y el general Samsonoff, lleno de roja vergüenza y creyéndose deshonrado para siempre, se suicidó.

Otra prueba de las malas condiciones en que luchaban los rusos en la región de los lagos, es la siguiente:

Para acometer a los alemanes acampados en la parte Oeste del gran lago K, atravesaron el helado lago tres compañías rusas que estaban apostadas en los bosques fronterizos y en la gran selva Siewker, con el fin de sorprender a las posiciones alemanas. Una vez estuvieron bastante cerca de la otra orilla, fueron rechazados por el fuego alemán a la extensa llanura de hielo y empezaron a retirarse a sus primitivas posiciones. Mas, aun no habían llegado a la mitad del lago, cuando empezó a disparar la artillería alemana con tanta violencia, que rompió el hielo en pedazos pequeños. Los rusos pretendían agarrarse a los fragmentos de hielo para librarse de una muerte segura, pero a los pocos segundos se habían ahogado todos en las profundidades del gran lago.

La gratitud del Kaiser a Hindenburg y el premio por su brillante victoria en la Masuria, se la notificó el propio Emperador en la siguiente carta, escrita de su puño y letra:

«Mi querido general: Después del glorioso desenlace de la batalla librada en la Masuria, en la cual, bajo la competente y magistral dirección de usted, mi valiente ejército arrancó al enemigo el último palmo de suelo patrio, habiendo derrotado al ejército invasor y haciéndole internarse bastante en su propio país, mi más apremiante necesidad es dar las gracias por todo lo que usted y las bravas tropas de su mando han hecho de nuevo por la patria.

Quiero, sin embargo, dar una prueba especial de mi regia prerrogativa, concediendo a usted «el ramo de encina» para la condecoración «Por el Mérito», y nombrándole, además, jefe del segundo regimiento de infantería de Masuria, número 147, dejándole, sin embargo, continúe en el tercer regimiento de la Guardia de a pie. En la elección de este regimiento de Masuria, que ha conquistado para sí en las batallas de Oriente laureles inmortales, verá usted cómo aprecio con el corazón lleno de gratitud sus merecimientos, por haber librado a la Prusia Oriental de la invasión enemiga.

¡Que Dios continúe favoreciendo nuestra justa causa y nos conceda otras victorias semejantes! — *Guillermo.*»

La recompensa para el general Ludendorff se la comunicó el Emperador en este telegrama:

«Con motivo de la soberbia victoria obtenida sobre el ejército ruso, que hace poco aun estaba ocupando territorio en la Prusia Oriental, expreso a usted, mi querido teniente general Ludendorff, fiel e infatigable jefe del Estado Mayor del comandante en jefe de las fuerzas que operan en el Este, mis reales gracias por su excelente participación en el éxito de la empresa, tan bien preparada y tan felizmente llevada a cabo. Concedo a usted por el presente «el ramo de encina» para la condecoración «Por el Mérito», una distinción de la cual puede usted mostrarse satisfecho con justo orgullo. — *Guillermo.*»

Abril - 26 - 1915.